

ésta tan clara probanza
de mi agravio y tu mudanza!
D. Mend. En lo que fundas mi error,
fundo la satisfacción.
¿No te dijo de mi parte
tu escudero, que de hablarte
deseaba una ocasion,
donde el descargo sabrias
del recelo que te abrasa?
Tuve aviso de tu casa
que á ver tu prima salias,
y vine á esperarte aquí,
y adelantéme en llegar,
por no dar que sospechar,
viéndome venir tras tí.

¡Mira por qué me condenas!
D^a Luc. ¿De modo que te disculpas,
multiplicando tus culpas
y acrecentando mis penas?
Causa doña Ana mi daño,
¡y con hallarte con ella
das remedio á mi querella!

D. Mend. Porque fuese el desengaño
en su presencia mas fuerte.

D^a Luc. ¿Qué desengaño me diste?

D. Mend. Como tu pena encubriste,
no quise hablando ofenderte;
mas ten cierta confianza,
para asegurar tus celos,
que en el órden de los cielos,
antes que en mí, habrá mudanza.
Tuyo soy.

D^a Luc. Las obras creo.

D. Mend. Presto, con la voluntad
de tu padre, su verdad
Te mostrará mi deseo.

ESCENA XIV.

EL CONDE.—DICHOS.

Conde. [Ap.] ¿Donde hay con celos cordura?
¡Lucrecia hermosa! ¡Don Mendo!

D. Mend. Conde, que venis entiendo
traido de mi ventura;
que Lucrecia ha de saber
de vos lo que hablamos hoy
de su amor.

Conde. Testigo soy.

D. Mend. Eso á solas ha de ser;
que pensará que os obligo
con mi presencia á abonarme.

[Vase.]

ESCENA XV.

EL CONDE, DOÑA LUCRECIA, ORTIZ.

D^a Luc. [Ap.] ¡Tú dejas para informarme
en tu favor buen testigo!

Conde. ¿He de decir la verdad?

D^a Luc. Para eso quedas aquí.

Conde. Pues escúchala de mí,
pagues ó no mi lealtad:

y por prevenir el daño,
si acaso no me creyeres,
ten secreto lo que oyeres,
y averigua si es engaño.

Que pues me dijo don Mendo
que cuente lo que hoy pasó,
cumpliendo lo que él mandó,
nadie dirá que le ofendo;
que aunque su intento haya sido
que use contigo de engaño,
no debo para mi daño
darme yo por entendido.

—Dando hoy para tí un papel
don Mendo, á Ortiz tu criado,
desdeñoso y enfadado
me dijo: “¡Cosa cruel,
conde, es una mujer nécia!
Despues que á doña Ana dí
en servir, sale de sí
de amor y celos Lucrecia.”

Yo le dije: “¿No es mejor
no engañarla?” Y respondió:
“Mil veces lo que dejó
volvió á desear amor;
y este caso previniendo,
nada pierdo en conservalla.”

D^a Luc. ¿Qué enredos inventas? Calla.

¡Tal pudo decir don Mendo!

que tu aficion agradezca
quieres así disponer.

¿Piensas que te he de querer,
aunque á don Mendo aborrezca?

Conde. Oye.

D^a Luc. No me digas nada.

Conde. Averígualo advertida,
y dame pena ofendida,
ó premio desengañada.

Y si por amarte yo,
duda en mi verdad has puesto,
sírivate de indicio aquesto,
ya que de probanza no.
Él va tras ella á Alcalá;

y no es este mal testigo
del desengaño que digo:
despacha tú quien allá
con cuidado y sin pasion
secretamente lo siga;
y si mi verdad te obliga,
premia un leal corazon;
que será culpable error
que prefiera en tu cuidado
un engaño averiguado
á un averiguado amor.

D^a Luc. La verdad diciendo estás;
que si negándola estoy,
no es que crédito no doy,
sino que pena me das.
¡Ah falso! ¡Ah mal caballero!
¡Plegue á Dios que en igual grado
amante y desengañado
pruebes el mal de que muero!
¡Pluguiera Dios, Conde mio,
pudiera en esta ocasion
mudarse la inclinacion
al paso que el albedrío!
Mas vive cierto, señor,
que si me has dicho verdad,
te dará mi voluntad
lo que te niega mi amor.

Conde. Yo lo estimo de esa suerte.

D^a Luc. Tanto mas me deberás
cuanto me forzare mas
conde, por corresponderte.

(Vase.)

La calle Mayor de Madrid, y en ella la casa de D^a Ana.

ESCENA XVI.

D. JUAN Y BELTRAN, de noche.

Beltran. El duque Urbino esta noche
bien pudiera perdonarte.

D. Juan. ¿Qué puede querer?

Beltran. Llévate
querrá consigo en el coche,
amarrado al duro banco,
sin poderte entretener
cuando el decir y el hacer
anda por las calles franco.
Que, noche de San Juan, hallo,
si un peon sabe embestir,
que suele solo rendir
mas que treinta de á caballo;
que hay mujer que en el engaño
que en esta noche previene,

librados los gustos tiene
de los deseos de un año.
Cuál llega al poblado coche
de angélica gerarquía,
y siendo paje de dia,
pasa por marqués de noche.
Cuál sin pensar se acomoda
con la viuda disfrazada,
que entre galas de casada
hurta los gustos de boda.
Cuál encuentra y desbarata
una sarta de doncellas,
de quién son las manos bellas
engazaduras de plata.
Cuál se llega á las que van
brindando los retozones,
y trueca á mil refregones
un pellizco que le dan.

D. Juan. Quien los encuentros enseña,
encuentre con un azar.

Beltran. ¿Es el azar encontrar
una mujer pediguéña?
Si ese temes, en tu vida
en poblado vivirás,
porque ¿dónde encontrarás
hombre ó mujer que no pida?
Cuando dar gritos oyeres
diciendo: “¡Lienzo!” á un lencero,
te dice: “Dame dinero,
si de mi lienzo quisieres.”
El mercader claramente
diciendo está, sin hablar:

“dame dinero, y llevar
podrás lo que te contente.”

Todos, segun imagino,
piden; que para vivir
es fuerza dar y pedir
cada uno por su camino:
con la cruz el sacristan,
con los responsos el cura,
el monstro con su figura,
con su cuerpo el ganapan,
el alguacil con la vara,
con la pluma el escribano,
el oficial con la mano,
y la mujer con la cara.

Y ésta, que á todos excede,
con mas razon pedirá,
pues que mas que todos dá,
y menos que todos puede.
Y el miserable que el dar

tuviere por pesadumbre.....
ellas piden por costumbre:
haga costumbre el negar;
que tanto, desde que nacen,
el pedir usado está,
que pienso que piden ya
sin saber lo que se hacen:
y así es fácil el negar,
porque se puede inferir
que quien pide sin sentir,
no sentirá no alcanzar.

D. Juan. Aunque mas razones halles,
no has de quitarme el temor,
Beltran; que el azar mayor
es el no tener que dalles:
y más si la que he adorado
se dignase de mis dones.

Beltran. ¿Aún te duran tus pasiones?

D. Juan. Ardo más, mas desdeñado.

Beltran. Este es el Duque.

ESCENA XVII.

EL DUQUE Y DON MENDO, *de noche*, DON JUAN
Y BELTRAN.

Duque. ¿D. Juan!

D. Juan. Déme los pies vueselencia.

Duque. Ya acusaba vuestra ausencia.

D. Juan. Si don Mendo de Guzman,
Apolo de discrecion,
acompañando os está,
señor, ¿qué falta os hará
el que en su comparacion
luz de una estrella no envía?

D. Mend. Merced recibo de vos.

Duque. La amistad entre los dos
estraña la cortesía.

D. Juan. Decidme, pues, el intento
con que hemos sido llamados.

D. Mend. Aquí tienes dos criados.

Duque. Dadme pues oído atento.

Hombre que á la corte viene
recien heredado y mozo,
pájaro que estrena el viento,
nave que se arroja al golfo,
que á los ojos de su rey
y á los populares ojos
ni debe mostrar flaqueza,
ni puede esconder el rostro,
ha de regir sus acciones
por los expertos pilotos,

obligados por parientes,
por amigos, cuidadosos.
Con esta ley os obligo,
y con esta fé os escojo
capitanes veteranos
deste soldado bisoño.

Acompañadme los dos,
advertidme lo que ignoro,
decidme el nombre, el estado
y la calidad de todos;
y en lo de las cortesías

principal cuidado os pongo,
advirtiendome que con nadie
pretendo pecar de corto;
que el señor siempre es señor,
como Apolo siempre Apolo,
aunque en lugares indignos
entren sus rayos hermosos.
Lengua honrosa, noble pecho,
fácil gorra, humano rostro,
son voluntarios Arjeles
de la libertad de todos.

Enseñadme los bajíos
en que tocar suelen otros,
cuál es Acátés fiel,
y cuál Sinon cauteloso;
ya del dulce lisonjero
el veneno en vaso de oro,
ya la canora sirena,
porque me defienda sordo.
Al fin los dos sois el hilo,
la corte el cretense monstro:
por mí corren mis aciertos,
y mis yerros por vosotros.

D. Mend. Yo confieso que es muy débil
para ese cielo este polo;
mas suplirán mis deseos
el defecto de mis hombros.

D. Juan. De no ser un Quinto Fabio
hoy con mi suerte me enojo;
mas el que soy, obediente
á serviros me dispongo.

Duque. Con eso en nombre de Dios,
seguro á la mar me arrojo.
Vamos andando las calles
mientras pregunto y me informo.

D. Mend. Esta es la calle Mayor.

D. Juan. Las Indias de nuestro polo.

D. Mend. Si hay Indias de empobrecer,
yo tambien Indias la nombro.

D. Juan. Es gran tercera de gustos.

D. Mend. Y gran cosaría de tontos.

D. Juan. Aquí compran las mujeres.

D. Mend. Y nos venden á nosotros.

Duque. ¿Quién habita en estas casas?

D. Juan. D. Lope de Lara, un mozo
muy rico, pero mas noble.

D. Mend. Y ménos noble que tonto.

(*Hacen dentro ruido de baile*).

Duque. Tened, que bailan allí.

D. Juan. San Juan es fiesta de todos.

D. Mend. Yo aseguro que van estos
más alegres que devotos.

Duque. ¿Quién vive aquí?

D. Juan. Una viuda,
muy honrada y de buen rostro.

D. Mend. Casta es la que no es rogada:
alegres tiene los ojos.

Beltran. [*Ap.*] ¡Bien haya tan buena lengua!
¡Vive Cristo, que es un Momol!

D. Juan. Esta imágen puso aquí
un extranjero devoto.

D. Mend. Y entre aquestas devociones
no le sabe mal un logro.

D. Juan. Un regidor desta villa
hizo este hospital famoso.

D. Mend. Y primero hizo los pobres.

Beltran. [*Ap.*] Por Dios que lo arranca todo.

ESCENA XVIII.

DOÑA ANA Y CELIA, *á la ventana*.—DICHOS, *en
la calle*.

D^a Ana. Hoy hace, Celia, tres años
que mi esposo con sus dias
dió fin á mis alegrías
y dió principio á mis daños.

Celia. Si de Alcalá te viniste
solo á gozar la alegría
que Madrid hace este dia,
¿por qué quereis estar triste?

¿Por qué con esta memoria
tan injusta guerra mueves
contra el contento que debes
á noche de tanta gloria?

Ya que tu luto funesto
te impide el salir de casa
hoy, que los límites pasa
el estado mas honesto,
y estar quereis encerrada
noche que el uso permite
que los altares visite

la doncella mas honrada;
con quien pasa, tus enojos
divierte, señora mía,
y niegue esta celosía
lo que conceden tus ojos.
Las doce han dado, señora:
oye del segundo esposo
el pronóstico dichoso.

D^a Ana. Á don Mendo el alma adora.

D. Mend. Don Juan de Mendoza.....

D^a Ana. ¿Ay Dios!
don Mendo ¿no es el que habló?

Celia. Sí: mas á don Juan nombró,

Celia. ¿Quién duda que de los dos
es don Mendo de Guzman
pronóstico para mí,
pues ántes su voz oí
que no el nombre de don Juan?

Celia. Mas ¿qué fuera que ordenara
el destino soberano
que tu blanca hermosa mano
para don Juan se guardara?

D^a Ana. Calla, nécia, ¿quién pensó
tan notable desatino?

¿Qué importará que el destino
quiera, si no quiero yo?

Del cielo es la inclinacion;
el sí ó el nó todo es mio;
que el hado en el albedrío
no tiene jurisdiccion.

¿Cómo puedo yo querer
hombre cuya cara y talle
me enfada solo en miralle?

Celia. El amor lo puede hacer.

D^a Ana. Solo quitará el morirme
Celia, á don Mendo mi mano;
que está el plazo muy cercano
y mi voluntad muy firme.

Duque. ¿Túyos son estos balcones?

D. Juan. De doña Ana de Contreras:
el sol por sus vidrieras
suele abrazar corazones.

D^a Ana. Escucha, que hablan de mí.

Duque. ¿Es la viuda de Siqueo?

D. Juan. La misma.

Duque. Verla deseo.

D. Mend. Pues agora no está aquí.

(*Ap.*) Ni yo en mí, que estoy sin ella.

Duque. ¿Dónde fué?

D. Mend. Velando está
á San Diego en Alcalá.

Duque. La fama dice que es bella.
 D. Juan. Pues por imposible siento
 que en algo la haya igualado
 el dibujo que ha formado
 la fama en tu pensamiento;
 que en belleza y bizarría,
 en virtud y discrecion,
 vence á la imaginacion,
 si vence á la noche el dia.
 D. Mend. (Ap.) ¡Plegue á Dios que esta alaban-
 no engendre en el Duque amor! (za
 que con tal competidor
 mal vivirá mi esperanza.
 Yo quiero decir mal della
 por quitar la fuerza al fuego.
 Ciego sois ó yo soy ciego,
 ó la viuda no es tan bella.
 Ella tiene el cerca feo,
 si el léjos os ha agradao;
 que yo estoy desengañado,
 porque en su casa la veo.
 Duque. ¿Visitaisla?
 D. Mend. Por pariente
 alguna vez la visito;
 que si nó, fuera delito,
 segun es de impertinente.
 D^a Ana. ¡Ah traidor!
 D. Mend. Si el labio mueve
 su mediano entendimiento,
 helado queda su aliento
 entre palabras de nieve.
 Beltrán. [Ap.] Ya escampa.
 D. Juan. [Ap. á Beltrán]. ¿Que trate así
 un caballero á quien ama?
 Beltrán. Esto dice de su dama:
 mira ¡qué dirá de tí!
 D. Mend. Pues la edad no sufre engaños,
 aunque la tez resplandece.
 D^a Ana. ¡Ah falso! ¿Qué te parece? (A Celia.)
 aun no perdona mis años.
 D. Mend. Mil botes son el Jordan
 con que se remoza y lava.
 Duque. [Ap. los dos.] ¿Pues cómo don Juan
 D. Mend. Para entre los dos, don Juan (la alaba?
 es un buen hombre; y si digo
 que tiene poco de sabio,
 puedo sin hacerle agravio.
 Vuestro deudo es y mi amigo;
 mas esto no es murmurar.
 D. Juan. ¿Que querais poner defecto
 en tan hermoso sugeto!

D. Mend. En la rosa suele estar
 oculta la aguda espina.
 D. Juan. Ellos son gustos, y al mio,
 ó del todo desvario,
 ó esta mujer es divina.
 D. Mend. Poco sabeis de mujeres.
 D. Juan. Veréisla, duque, algun dia,
 y acabará esta porfia
 de encontrados pareceres.
 D. Mend. (Ap.) Don Juan me quiere matar,
 y aquello mismo que he hecho
 para sosegar el pecho
 del Duque, me ha de dañar.
 Celia. [A su ama.] ¿Qué te parece?
 D^a Ana. Estoy loca.
 Celia. Á éste hombre tienes amor.
 D^a Ana. El pecho abraza el furor.
 Fuego arrojó por la boca.
 ¿Posible es que tal oí?
 Vil, ¡á quien te quiere infamas!
 ¡Así tratas á quien amas!
 Celia. No ama quien habla así.
 Él te engaña.
 D^a Ana. Claro está.
 Dí que me traigan un coche:
 volvamos, Celia, esta noche
 á amanecer á Alcalá;
 que lo que ahora escuché
 castigo del cielo ha sido,
 por haber interrumpido
 las novenas que empecé.
 Celia. Antes este desengaño
 le debes á esta venida.
 D^a Ana. Si con él pierdo la vida,
 mejor me estaba el engaño.
 [Quitáanse de la ventana].

ESCENA XIX.

DON JUAN Y BELTRAN, EL DUQUE Y D. MENDO.

(Hacen dentro ruido de cuchilladas.)

D. Mend. Allí suenan cuchilladas.
 Duque. Estas damas, de mi voto,
 sigamos.
 D. Mend. (Ap. con don Juan.) Es mas devoto
 de mujeres que de espadas.
 D. Juan. (Ap. á su criado.) Y así al mas amigo
 para que advertido estés. (abona,
 Beltrán. [Ap. á don Juan.] Su lengua en efec-
 la que á nadie no perdona (to es

ACTO SEGUNDO.

Habitation del Duque en Alcalá de Henáres.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE, D. JUAN Y BELTRAN, todos de color.

Duque. ¿Cómo los toros dejais?
 D. Juan. Viéndome sin vos en ellos,
 estaba de los cabellos.
 Del juego ¿cómo quedais?
 que era robado el partido.
 Duque. Cogiéronme de picado.
 He perdido y me he cansado.
 D. Juan. Mil cosas habeis perdido,
 el descanso, y el dinero,
 y los toros.
 Beltrán. ¿Que haya juicio
 que del cansancio haga vicio,
 y tras un hinchado cuero,
 que el mundo llama pelota,
 corra ansioso y afanado!
 ¿Cuánto mejor es sentado
 buscar los piés á una sota
 que moler piernas y brazos?
 Si el cuero fuera de vino,
 aun no fuera desatino
 sacarle el alma á porrazos.
 Pero ¡perder el aliento
 con una y otra mudanza,
 y alcanzar, cuando se alcanza,
 un cuero lleno de viento;
 y cuando, una pierna rota,
 brama un pobre jugador,
 ver al compas del dolor
 ir brincando la pelota!
 D. Juan. El brazo queda gustoso
 si bien la pelota dió.
 Beltrán. Séneca la comparó
 al vano presuntuoso,
 y esa semejanza ha dado
 sin duda al juego sabor,
 porque no hay gusto mayor
 que apalear un hinchado.
 Mas si miras el contento
 de un jugador de pelota,
 y un cazador que alborota
 con halcon la cuerva al viento,
 ¡por dicha tendrás la risa
 viendo que á presa tan corta
 que vencida nada importa,

corre un hombre tan de prisa,
 que apenas tocan la yerba
 los caballos voladores?
 ¡Válgaos Dios por cazadores!
 ¿qué os hizo esa pobre cuerva?
 Duque. De la guerra has de pensar
 que es la caza semejanza,
 y así el ardid, la asechanza,
 el seguir y el alcanzar
 es gustoso pasatiempo.
 Beltrán. ¿Mil contra una cuerva? Sí,
 bien dices; que son así
 las pendencias de este tiempo.
 D. Juan. Beltrán, satírico estás.
 Beltrán. ¿En qué discreto, señor,
 no predomina ese humor?
 D. Juan. Como matas morirás.
 Beltrán. En Madrid estuve yo
 en corro de tal tijera,
 que la pegaba cualquiera
 al padre que lo engendró;
 y si alguno se partia
 del corro, los que quedaban,
 mucho peor d' él hablaban
 que él de otros hablado habia.
 Yo, que conocí sus modos,
 á sus lenguas tuve miedo.
 Y ¿qué hago? estoyme quedo
 hasta que se fueron todos.
 Pero no me valió el arte;
 que, ausentándose de allí,
 solo á murmurar de mí
 hicieron un corro aparte.—
 Si el maldiciente mirara
 este solo inconveniente
 ¡hallárase un maldiciente
 por un ojo de la cara?
 D. Juan. ¿Fuera por eso peor?
 Beltrán. Éspántome que eso ignores.
 Más que cien predicadores
 importa un murmurador.
 Yo sé quién ni con sermones,
 ni cuaresmas, ni consejos
 de amigos sabios y viejos,
 puso freno á sus pasiones,
 ni sus costumbres redujo
 en gran tiempo; y solamente
 de temor de un maldiciente,
 vive ya como un cartujo.
 Duque. Digo que teneis, don Juan,
 entretenido criado.